

abrió el ojo izquierdo y miró hacia el otro lado de la cama. En la casa del Cristo se abrió con presunción el portero. Un hombre miró por un momento y volvió a entrar. Aquella aventura alboró a todo el barrio.

XX.

En que se sigue la materia del anterior.

GARATUZA sintió que le incomodaba un poco la herida que había recibido en el brazo; pero sin embargo, como la sangre que de allí brotaba era muy poca, no se detuvo y se dirigió á la casa colorada.

Como eran ya cerca de las diez, necesitó llamar á la puerta repetidas veces para conseguir que le abriesen.

Al fin refunfuñando y medio dormido, el viejo portero se presentó, reconoció á Martin y le hizo penetrar en la casa.

—¿Aun no sale el Padre?—preguntó Martin.

—Aun no—contestó el viejo.

Garatuza se entró hasta el aposento que ocupaba Don Alonso.

—¿Qué hay?—preguntó el Padre.

—En primer lugar, que no salgais esta noche, ni vayais á la casa del Cristo.

—¿Por qué?

—Todo aquel barrio está alborotado; Don Baltasar de Salmeron ha sido muerto, á lo que parece, de una estocada.

El Padre recordó todo lo que había hablado con Martin en la tarde, y le miró con profunda curiosidad, notando que tenía sangre en la ropilla.

—¿Martin!—exclamó—¿estás herido?

—Poca cosa—contestó el otro con indiferencia, mostrando su brazo izquierdo;—la víbora alcanzó á morderme.

—Acércate—dijo el Padre con interés y olvidando la conversacion—algo se me alcanza de la medicina, á pesar de serme prohibido por mi estado.

—Dejad, esto se curará sin medicina.

—No—insistió el Padre—quiero curarte. Y tomando la mano de Martin cortó la manga de la ropilla con unas tijeras, y dejó descubierta la herida, que examinó cuidadosamente.

—Poca cosa es en verdad—dijo:—basta lavarla y vendarla, que tu salud es robusta y sanarás pronto.

Entonces, con todo el despejo de un cirujano consumado, lavó el brazo de Martin y se lo vendó.

—¿Qué tal?—dijo.

—Me siento bien—contestó Garatuza.

—Continuemos nuestra conversacion. ¿Murió Don Baltasar?

—Debe haber muerto ya.

—¿Y qué hubo despues?

—Que como las rondas se aparecen cuando menos debieran de hacerlo, llegaron los alcaldes, y los alguaciles, y el demonio, y aunque nada sacaron de rastro, quise venir á prepararos para que por allá no aparezcáis, que pudieran daros un susto.

—Es verdad, pero se pierde la noche.

—No se pierde, que bien aprovechada está ya con la muerte de un traidor, y con las instrucciones que me dareis para el príncipe de Nassau, que no me conviene ya estar ni un solo dia mas en México.

—Entonces, hé aquí todo: una carta para S. A., y que tú le refieras cuanto ha pasado. ¿Cuándo piensas salir?

—A la madrugada de mañana; solo que tengo que ver antes á la señora de esta casa, para entregarle un depósito que me entregó Leonel.

—¿De qué se trata?

—De unos papeles.

—¿Los traes?

—No, voy por ellos y vuelvo.

—Adviértesele entonces para que te espere.

—Teneis razon; vuelvo.

Martin bajó al patio, y se dirigió á la escalera principal.

La casa estaba envuelta en la más densa oscuridad, y solo al través de la puerta de la sala se notaba luz.

Martin llamó, y á poco se abrió la puerta y apareció Doña Esperanza.

—¿Quién sois?—exclamó asustada la jóven.

—No os espanteis, señora—dijo cortesmente Garatuzza:

—vengo de parte de Don Leonel de Salazar, en busca de Doña Juana de Carbajal.

—¿De Don Leonel!

—Sí, señora; ¿sereis vos la persona á quien busco?

—No, es mi madre, pero hase recogido ya.

—Señora, importa que le digais que dentro de breves horas le traeré unos papeles que para ella me ha entregado Don Leonel; que si fuera posible me aguardase, porque mañana salgo para Acapulco y necesito cumplir antes con este encargo.

—Le avisaré á su merced—dijo Doña Esperanza entrando.

Poco tardó en volver con la respuesta.

—Caballero—dijo—mi madre aguardará toda la noche.

—Volveré, pues, tan pronto como me sea posible—constó Garatuzza saludando.

—Ah! perdonad, caballero—dijo tímidamente Doña Esperanza.

—Mandadme, señora.

—Quizá sea una imprudencia.....pero.....quisiera preguntaros.....mi primo Don Leonel.....¿sigue preso?

—Sí, señora.

—¿Y creéis que le amenaza algun peligro?

—Os aseguro, señora, que no le amenaza ningun peligro, y creo que pronto saldrá libre.

—Gracias, caballero, gracias, y perdonad mi imprudencia.

—Podeis mandarme, señora—contestó Martin, y salió diciendo en su interior:—«aquí hay algo mas que parentesco.»

Llegó al zaguan, y al salir dijo al viejo portero:

—Amigo, no os durmais, que de volver tengo para un negocio de mi señora Doña Juana.

—Está bien—contestó Luis Herrera con todo el mal humor posible.

Martin volvió á Palacio, y procurando no ser notado por el virey, penetró hasta su aposento; sacó de él la caja que le habia confiado Salazar, y se encaminó á la casa del Zambo.

Como en Palacio todos sabian que Martin, encargado de misiones secretas del virey, podia entrar y salir á la hora que quisiese, nadie puso atencion en lo que hacia, y sin dificultad llegó á la plaza de las Escuelas y llamó á la casa del Zambo.

—Es preciso—dijo á éste al entrar—que en este momento vayas en busca de dos mulas para caminar; una para mí, otra para mi caja; y además, que venga contigo un arriero de confianza: no te pares en precio; son las once de la noche; á las dos estarás aquí de vuelta: tres horas son mas que suficientes: andando.

El Zambo no contestó; tomó su viejo sombrero, una capa, y salió cerrando tras sí la puerta.

Martin, con una actividad asombrosa, se desnudó, sacó de su caja un sencillo vestido de clérigo y un sombrero negro sin toquilla; guardó en la caja toda su ropa y la cerró con llave.

Entonces se acercó á la luz, tomó la cajita de Don Leonel, y sacó de adentro un libro manuscrito y primorosamente encuadernado.

Comenzó á hojearle; habia allí letras y escrituras diferentes; leyó un trozo, y luego otro, y al fin exclamó:

—Ciertamente que esta es una historia curiosa y que bien vale el trabajo de leerla: tengo tiempo de hacerlo antes de entregarla á su dueño, y así no me fastidiaré esperando al Zambo: veamos desde el principio.

Y encendiendo una bujía de cera, se acomodó en la cama del Zambo, procurando estar muy á su gusto, y comenzó la lectura de aquel libro, que decia así:

LA MARCA DEL FUEGO.

MEMORIAS DE DOÑA JUANA CARBAJAL.

ESPERANZA:

Para tí escribo, hija mia, estas Memorias, como las he oido de la boca misma de mi abuelo. En ellas verás la historia de nuestra familia y la tuya misma: aquí sabrás quién es tu padre, y cuando tú las leas, que será solo despues de mi muerte, olvida mis faltas y reza á Dios por mí.

Lee con atencion, hija mia, y que el Señor del cielo te bendiga y te haga feliz.

La gran ciudad de México, como la llamaron los españoles, habia caido en poder de Fernando Cortés, y el noble emperador Guatimotzin, ó Guatimoc, como ellos le decian, estaba prisionero.

El rey de España era dueño ya del rico imperio mexicano: era el año de 1521.

El conquistador trató al principio con toda clase de miramientos al prisionero monarca, y le hizo sentar siempre á su derecha, y apareció siempre en público prodigándole toda clase de miramientos.

Pero esto duró muy poco tiempo.

Los tesoros encontrados dentro de los muros de la ciudad vencida, no alcanzaron á saciar la codicia desenfrenada de la tropa, y comenzaron entonces las murmuraciones.

En vano se registraron hasta los sepulcros mismos, en vano se amenazó á todos los principales habitantes de la ciudad, para que descubriesen los ocultos tesoros de los reyes aztecas; nada pudo alcanzarse, y los soldados se irritaban mas y mas.

Llegó por fin un momento en que aquellas murmuraciones tomaron casi el carácter de una sublevacion, y comenzó á decirse públicamente que Cortés habia recibido de Guatimoc los tesoros; que él queria guardarlos para sí, *robando* al rey y á sus soldados.

Cortés, que no habia retrocedido nunca ante ningun peligro, se espantó de aquellas viles murmuraciones; y para dar una prueba de su inocencia, y animado por infames sugerencias, consintió en que se diera tormento al emperador quemándole á fuego lento, hasta obligarle á declarar adónde habia ocultado sus tesoros.

Tú sabes, hija mia, los pormenores de la ejecucion de esta bárbara sentencia; porque ni hay mexicano que las ignore, ni perderán los siglos venideros la memoria de aquella frase sublime del emperador, al escuchar la queja de su compañero de tormento:

«¿Estoy acaso en un lecho de flores?»

Cortés, avergonzado de su debilidad y arrepentido de una crueldad tan horrible, mandó suspender la ejecucion, convencido quizá de que para una alma como la del emperador, nada importaban los mayores tormentos del cuerpo.

El desgraciado monarca, casi incapaz de alivio, fué separado de la hoguera.

Entre los soldados que con mas entusiasmo habian pedido el suplicio, y entre los que con mas gozo habian asistido á él, se distinguia uno que se llamaba Santiago de Carbajal, hombre ya de alguna edad y que habia dejado en España á su mujer y á una hija suya de quince años. Carbajal comenzó por odiar al emperador Guatimotzin y por reir cuando le miró conducir á la hoguera; pero á medida que el fuego se encendia, que las llamas se levantaban lamiendo apenas los desnudos piés del monarca, suspendido á corta altura sobre la terrible hoguera; cuando vió que se ungian aquellos piés con grasa para hacer los dolores mas agudos y mas prolongados, y que sin embargo el rostro del mártir permanecia sereno y una sonrisa de supremo desden se dibujaba algunas veces sobre su boca; cuando escuchó aquellas sublimes palabras con que el emperador echaba en cara á su ministro su poco valor, entonces su odio se trocó en admiracion, su desprecio en respeto, y su gozo en remordimiento y en vergüenza.

Carbajal comprendió entonces lo que era un héroe, un mártir, un patriota.

Si la órden de suspender el tormento no hubiera llegado en aquel instante, Carbajal hubiera sido capaz de arrojarle sobre la hoguera para apagarla.

Tan profunda impresion habia recibido y tan grande era el cambio que habia tenido aquel corazon.

El rudo soldado, casi llorando, ayudó á quitar á Guatimoc del tormento y á trasportarle á su casa.

El emperador miró á aquel hombre, que siendo de sus mismos enemigos procuraba auxiliarle, y le tendió la mano.

Desde aquel dia Carbajal fué el protegido del emperador.

Habia llegado el año de 1522: muchas familias de los conquistadores estaban ya en México, y entre ellas la de Santiago de Carbajal.

Santiago habia hecho venir á su mujer y á su hija, porque merced á la generosidad del emperador Guatimoc, era ya uno de los mas ricos entre los soldados conquistadores.

La hija de Carbajal llamábase Isabel: era una jóven hermosísima, con una piel blanca, pelo negro y sedoso, unos ojos brillantes y atrevidos; esbelta y garbosa, su elevada estatura le daba toda la majestad que da nuestra imaginacion á las diosas de nuestros antepasados.

Isabel tenia un carácter apasionado y una inteligencia clara y casi privilegiada.

Vivia el emperador Guatimoc en la gran calle de Tacuba, en la esquina que forma una de sus cuadras con la calle del Factor, en el lado que mira al Oriente, y Carbajal vivia en la esquina que frente á la casa del emperador estaba.

Las mañanas y las tardes son en México tan bellas, que Isabel tenia siempre la costumbre de asomarse á su ventana todas las mañanas y todas las tardes, ya á regar sus tiestos de flores, ya á respirar el aire puro.

El monarca, incapaz de caminar, se pasaba tambien los dias cerca de sus ventanas, inmóvil en un sillón, recordando sin duda sus desgracias y mirando cruzar las nubes por el cielo.

El emperador era un hombre hermoso, y además, rodeado de esa atmósfera misteriosa y brillante del poder y de la desgracia, porque Guatimoc era un monarca para los mismos españoles, y la historia de su valor y de sus sufrimientos pasaba de boca en boca por la España misma.

La hija de Carbajal miró al emperador con curiosidad al principio, despues con interés, luego con cariño.

Tenia para ella otro mérito mas; era el protector de su familia.

Poco á poco, aquel cariño fué convirtiéndose en un amor vehemente, en una pasión terrible.

Isabel de Carbajal no podia separarse ya de sus balcones, desde donde se descubria la casa de Guatimotzin; pero aquel amor era para ella un imposible, á pesar de que con le perspicacia natural de toda mujer apasionada, habia advertido ya que los negros y lánguidos ojos del infortunado guerrero azteca se fijaban en ella con mucha frecuencia.

Pero era imposible toda comunicacion; él no podia moverse de su sitio, ella no podia penetrar en su habitacion.

Isabel preguntó un dia á su padre, que frecuentaba la casa de Guatimoc, si éste sabia ya hablar en español.

—Es un hombre tan hábil—contestó Carbajal—que le habla casi tan bien como tú y como yo, y eso que apenas hará un año que está prisionero.

—¿Y escribe?

—No; comienza á leer, pero muy pronto estará sumamente aventajado, porque es hombre muy hábil.

—¿Cómo tengo ganas de tratarle!—dijo Isabel.

—Fácil me será llevarte, pero no lo habia hecho, porque creí que no fuera de tu agrado.

—¿Cuándo me llevais?

—Esta tarde pediréle su licencia, y mañana irás.

—¿Cuánto os lo agradezco!

En la noche Carbajal avisó á Isabel que el monarca estaba ya prevenido y que al otro dia le seria presentada.

En aquella noche, Isabel no pudo dormir: el temor, la esperanza, el deseo, luchaban en su corazón.

Isabel estaba verdaderamente apasionada.

Llegó la hora, y ricamente ataviada, penetró la jóven, conducida por su padre, á la casa del último emperador de los aztecas.

* * *

En una espaciosa estancia, colgada de telas finísimas de algodón y de maravillosos tejidos de plumas, y en donde se ostentaban grandes sitios de caprichosas formas, cubiertos con pieles de animales salvajes, en una especie de trono fabricado de maderas preciosas y raras, incrustado de oro, de plata, de conchas, y colocado sobre la inmensa piel de un cíbolo negro, el emperador Guatimoc recibió la visita de Santiago de Carbajal y de su hija.

Guatimoc era jóven, su frente espaciosa revelaba su clara inteligencia. Sus ojos habian perdido la fiereza de su raza, y la melancolía del sufrimiento pasado les daba un aire dulce y bondadoso.

Guatimoc no habia perdido el traje de sus antepasados, solo que no llevaba la corona de los emperadores, sino un sencillo penacho de plumas sobre la cabeza.

Una sencilla túnica ancha y corta de algodón, blanca, y ceñida á la cintura por una gruesa cadena de oro, un manto de la misma tela, aunque recamado con brillantes dibujos de plumas de colores, y lucientes brazaletes y collar de oro, formaban todo el traje del monarca.

Sus cales de piel de venado perfectamente adobados, se ataban al pié por anchas correas de venado tambien y bordadas de oro, que subian entretejiéndose hasta cerca de las rodillas, en donde se sujetaban á un gran anillo de oro liso y bruñido.

Algunos esclavos estaban de pié al lado del emperador,

y en el suelo sentadas algunas indias jóvenes y hermosas.

Isabel al mirar á aquellas mujeres, sin saber por qué sintió celos.

Al presentarse Santiago con su hija, el emperador hizo como un impulso para levantarse, pero sus piés estaban inútiles despues del tormento, y tuvo que permanecer inmóvil en su asiento.

—Señor—dijo Carbajal, inclinándose respetuosamente— os traigo á mi hija, á mi Isabel, que ha tenido deseos de ser presentada á vos: ella sabe que sois el protector de su familia, y os ama por eso y por vuestras desgracias.

—Acercaos, niña—dijo Guatimoczin con un acento dulce y sonoro, tendiendo su mano á Isabel, que la estrechó temblando:—acercaos, si no temeis que el infortunio que me persigue marchite las rosas de vuestras mejillas.

—Señor—contestó trémula Isabel—siempre es una dicha estar al lado de un hombre tan noble y tan desgraciado como vos.

Dos esclavas habian acercado un sitio para Isabel.

—Sentaos, niña, aunque quisiera ofreceros este lugar, que debiera ser el vuestro; pero ni aun eso me permite mi desgracia.

—Señor, la desgracia os quitó un trono, pero no pudo quitaros ni el amor y el respeto de los que os conocen, ni la grandeza de vuestra alma.

—Niña, no digais eso, que en vano caerá la lluvia sobre el árbol que ha muerto. Oí decir cuando llegaron aquí los españoles que eran hijos del sol, y no los creí nunca, porque nunca os habia visto á vos, que sois como las rosas de nuestros lagos, hija de la aurora y de las brisas.

Santiago conversaba con otras personas en el salon; los esclavos de ambos sexos se habian retirado por respeto, y

la jóven estaba casi sola con el emperador. Las miradas de ambos eran de fuego; se comprendian, pero era necesario que alguno de los dos se descubriese, y cada uno de ellos temia disgustar al otro.

—Niña—dijo el emperador—la luz que asoma sobre nuestro cielo á los primeros cantos de las aves, me parece menos apacible que el brillo de vuestros ojos; el color de las eternas nieves del Popocatepetl y el Ixtacihuatl cuando los baña el último rayo del sol, no podrá igualar el suave rubor de vuestras mejillas: si yo fuera aún el emperador, los mexicanos tejerian sus alfombras de flores para vuestras plantas, y los aromas exquisitos de nuestros bosques perfumarían vuestra estancia, y las aves darían sus encendidas plumas para libraros de los ardores del sol; pero hoy, niña, nada valgo, nada puedo; como la yerba prisionera debajo del hielo, miro la luz sin sentir jamás su calor, y el frio de la noche me mata en la mitad del día.

Guatimoc inclinó su hermosa cabeza, y quedó profundamente pensativo.

—Príncipe—dijo Isabel acercándose—vos no conocéis el orgullo de las mujeres de nuestra raza: grande, poderoso, á la cabeza de un ejército y sobre el trono de un gran pueblo, quizá no hubiera escuchado vuestras palabras; pero triste, abandonado por la suerte, prisionero y destronado, sufriendo con la resignacion y la altivez de los héroes vuestro infortunio, os elevais, señor, ante mis ojos, á una altura inmensa: las mujeres de mi raza, príncipe, son capaces de sacrificarse, pero no de venderse; y brilla mas ante mis ojos vuestra corona de mártir, que la diadema de un monarca.

Isabel iba animándose gradualmente; sus miradas eran mas ardientes, su pecho se agitaba con violencia: el emperador la escuchaba con arrobamiento y sin moverse, como

para no perder uno solo de los ecos de aquella voz dulcísima.

—Niña—le contestó—la primer gota de agua que sentí en mi boca despues del tormento que me dieron los españoles, no ha sido para mí tan grata como tus palabras: rocío de ventura para mi corazon marchito son tus acentos. Niña, ¿serias capaz de amar al desgraciado? ¿buscarías sombra junto al encino derribado por los vientos? ¿cantarías tus amores, ave peregrina, sobre el derruido muro? ¿me darías tu corazon?

—Tuyo es, señor, hace mucho tiempo, tuyo es, que no me siento avergonzada de confesártelo: por mirarte, señor, paso los días en mi ventana, por oír tu voz he llegado hasta aquí: si es un delito este amor, ¿por qué no puedo arrojarle de mi pecho? Príncipe, si alguna mujer me culpa, que te resista si puede.

—Yo tambien, niña, te amaba; mis noches eran negras y largas porque no te veía; las aves me avisaban en mis ventanas que venía la luz, y con ella tú que eres mi vida; y los vientos me traían el aroma de tus flores como un consuelo, pero mi espíritu gemía sin esperanza; no podía seguir tu camino ni esperar que vinieses á mí: el arbusto mira pasar á la mas bella de las mariposas, y no tiene una flor para llamarla, ni tiene alas para seguirla, y como yo, gime porque la tierra le aprisiona. ¡Oh niña! tristes días he pasado; y entonces, cuando te miraba, me parecían mas crueles mis enemigos, por no haberme dejado morir en la hoguera.

—¡Pero ahora estarás alegre, príncipe mio!

—¿Se alegrarán los campos con el rocío? ¿se alegrarán las plantas con la primavera? ¿se alegrarán las aves, y las flores, y las fieras, y el mundo cuando huye la noche? ¿se alegrará, niña, mi corazon con tu amor?

En este momento Santiago parecia haber concluido su conversacion.

—Niña—dijo Guatimoc—tú me dejas tu corazon y te llevas mi alma; veré tu hermosura desde mis ventanas; pero yo pensaré y nos hablaremos.

—Dios lo quiera—contestó Isabel.

Desde aquel dia, Isabel estuvo mas contenta, y Guatimoc pareció salir de su habitual tristeza.

Isabel recibió á su servicio una jóven india que casi nunca se separaba de ella, y que casi todas las tardes entraba á la casa del emperador y hablaba con él mucho tiempo en su idioma, que los españoles no cuidaban de aprender.

Así pasaron algunos meses.

*
*
*

Era una noche oscura; el viento zumbaba por las calles de la ciudad, produciendo gemidos y rumores tristes y pavorosos.

Gruesos nubarrones cruzaban por el cielo dejando caer algunas gotas de agua, y alumbrando de cuando en cuando el Valle con la luz de los relámpagos.

Terrible era la tempestad que amenazaba desprenderse de los cielos: los lagos, tranquilos siempre y tersos como un espejo, se agitaban negros y alborotados, y el trueno se repetía en las cañadas de la montaña de Ajusco.

Las calles de México estaban desiertas, y ni una luz se miraba en las casas; todas las puertas estaban cerradas, todos los habitantes temian á la tormenta.

De repente entre aquel triste desorden de la naturaleza, por la calle de Tacuba y de una de las puertas de la casa

de Guatimoc, salió un hombre arrastrando un objeto que parecia ser una escalera.

El viento hacia sonar las ropas de aquel hombre, agitándolas violentamente á pesar de que las llevaba fuertemente atadas á la cintura.

Aquel hombre misterioso llegó hasta el pié de las ventanas de Isabel, y allí se detuvo.

Brilló despues un relámpago, y pudo verse que aquel hombre habia aplicado la escalera á la pared y subia por ella á uno de los balcones.

La tempestad seguia rugiendo y el agua comenzaba á caer á torrentes.

El hombre llamó cautelosamente á la ventana, y pocos momentos despues se abrió ésta y asomó la bella cabeza de Isabel.

—¿Eres tú, Tepos?

—Yo soy, señora; venid.

Isabel ligeramente vestida salió á la ventana y comenzó á descender ligeramente por la escala hasta tocar la tierra.

Tepos, como le habia llamado Isabel, pasó la escala á la acera de enfrente, la sostuvo y dijo á la jóven:

—Subid, señora.

Isabel sin replicar subió ligera, llegó hasta la ventana, que cedió al primer impulso, y penetró en la cámara.

Un rayo surcó los aires en aquel momento, un torrente de luz rojiza penetró en la estancia tras de Isabel, y un trueno espantoso hizo temblar las casas hasta sus cimientos.

—¡Horribles presagios para nuestro amor! exclamó Isabel pálida y temblorosa, cayendo entre los brazos de Guatimoc.

—Venga la muerte, dijo el emperador, si nos ha de encontrar juntos.

Tepos con la mayor sangre fría y sin cuidarse de la tormenta, quitó la escalera, la colocó en el suelo y se sentó tranquilamente al pié de los balcones.

Corria el año de 1525 y Hernan Cortés alistaba en México sus tropas para salir á la conquista de Comayagua, adonde se habia rebelado Cristóbal de Olid.

Ese espíritu aventurero se habia amortiguado entre los conquistadores de la Nueva-España; pero no faltaron, sin embargo, quienes ayudasen al Capitan español en su nueva empresa, y entre éstos se contaba Santiago de Carbajal.

Todo estaba listo para la marcha, cuando Cortés, movido sin duda por ocultas denuncias, determinó que en aquel viaje le acompañase tambien el infortunado Guatimoczin, con el pretexto de que peligraba la paz de las nuevas colonias si el monarca prisionero quedaba en medio de sus vasallos despues de la partida del conquistador.

Guatimoc estaba á merced de sus enemigos, y no tuvo mas que obedecer.

Como otras noches, en la que precedió á la partida el hombre misterioso puso la escala y Doña Isabel entró á la casa del monarca.

Isabel estaba extraordinariamente pálida, y sus ojos indicaban que habia llorado mucho.

Apenas vió á Guatimoc, se arrojó sollozando en sus brazos: él no trató de consolarla; acarició su rostro y besó triste y silenciosamente los ojos de Isabel empapados en lágrimas.

—¡Te vas, señor, te vas!—dijo la española—y el corazón me dice que no volveré á verte.



LA LOCA.

—Me voy, aliento de mi vida, me voy, y mi espíritu está triste también. ¿Quién puede decir que volverá el viento que ha pasado? ¿Quién podrá volver á mirar la onda que pasó en el torrente? Soy prisionero, me llevan; el Dios que tú adoras y que debe de ser el buen Dios, te enviará el consuelo, si muero, te dará la alegría y el placer si vuelvo: no me olvides.

—¿Olvidarte yo, príncipe, olvidarte? ¡Ah, tú no sabes! Oyeme, porque voy á confiarte mi alegría; voy á decirte por qué no muero de dolor cuando te pierdo, príncipe: pronto seré madre.

Un rayo de purísima alegría brilló en los ojos de Guatimoc y reflejó en el pálido rostro de Isabel: aquella noticia era la felicidad de aquellos dos seres infelices.

—¡Gracias, Dios bueno!—dijo el emperador estrechando la mano de la jóven y alzando los ojos al cielo,—gracias; la sombra del águila cubrió á la paloma y nació una esperanza para mi estirpe y para mi pueblo; hombre de nueva raza, quizá su descendencia romperá las cadenas de sus hermanos, y mi imperio volverá á ser *Uno y solo, y Tenoxtitlan será libre*. Isabel, si muero no quedarás sola, el tronco comido dejará lugar al retoño vigoroso: si mi nombre muere, mi sangre fecundará esta tierra, porque de mi sangre y de tu sangre, Isabel, podrán nacer héroes.

Guatimoc hablaba como inspirado, y la española lloraba de placer.

—¡Príncipe!—le dijo—si tú mueres, lloraré por tí y viviré para nuestro hijo; ¿lo oyes, señor? nuestro hijo: ¡Qué dulce es decir nuestro hijo entre dos que se aman como nosotros! Viviré para él y para recordarte, y tendrá tu rostro y tu corazón, y heredará de mí el inmenso amor que te profeso y el orgullo de haber sido tuya.

—Isabel, si alguna cosa puede turbar mi alegría en este momento, es pensar que quizá no veré nunca á ese niño; pero tú le verás, y esto me consuela. Es ya de dia, Isabel, las aves comienzan á trinar; abrázame por última vez, y no me olvides.

Isabel, ahogándose casi de dolor, abrazó al emperador y salió.

Aquel dia partió la expedicion, llevándose al desgraciado emperador de México y á los reyes de Tacuba y Aculhuacan.

Pocos meses despues, Isabel, en medio de los santos dolores de la maternidad, dió á luz un niño.

El padre de Isabel habia partido, sin saber nada, con la expedicion. La madre habia comprendido, algunos dias despues de la partida, el estado de su hija.

Isabel se arrojó llorando á sus piés. ¿Qué madre resiste al llanto de su hija, por grande que sea su indignacion ó su cólera? La madre no solo perdonó á Isabel, sino que se empeñó en consolarla, y se volvió su cómplice para ocultar la desgracia á su marido.

Isabel pasaba los dias encerrada y llorando. El emperador habia dejado á su fiel Tepos para esperar el nacimiento del niño y auxiliar á Isabel.

Nació por fin el hijo de aquellos infortunados amantes, y Tepos le recibió para ocultarle y encargarse de su crianza y educacion.

Llevóle á uno de los pueblos de las cercanías de México, cuidando solo de que viniese continuamente para que le viese Isabel.

El niño era hermoso y tenia una extraordinaria semejanza con el emperador, sin mostrar nada que denunciase la sangre española que corria por sus venas.

Tenia, sin embargo, en la espalda una mancha roja semejante en la figura á una lengua de fuego, de esas que se desprenden de una hoguera.

Isabel era supersticiosa, y en México abundaban los adivinos y hechiceros. Isabel hizo venir á uno, y luego á otro y á otros muchos, y todos le dijeron lo mismo.

Aquel niño viviria muchos años, aquella mancha roja era *la marca del fuego*; vendria á morir entre las llamas.

Pasaron así algunos dias. Isabel comenzaba á recobrar su salud y su hermosura; los colores volvian á su rostro, y estaba alegre.

Era que todo el mundo hablaba de la próxima vuelta de Cortés y de la expedicion.

Una tarde se escuchó el ruido de las pisadas de varios caballos que entraban en el patio de la casa de Carbajal. Isabel se asomó, y era su padre que llegaba.

Temblando de placer, corrió en busca de su madre.

—Madre, madre, ya vienen, ya están ahí—decia.

—Pero ¿quiénes? hija mia, ¿quiénes?

—Mi padre, la expedicion, el emperador sin duda, añadió por lo bajo.

Santiago llegaba en aquellos momentos, y se arrojó entre los brazos de su hija y de su esposa; pero el hombre lloraba.

—Santiago—le dijo su esposa—¿qué tienes? ¿triste tú cuando vuelves á vernos?

—Esposa mia, traigo el corazon hecho pedazos.

—¿Qué pasa, padre mio?—dijo Isabel.

—¿Qué pasa? horrorizaos: el emperador Guatimoc, el rey de Tacuba y el de Acolhuacan, han sido ahorcados en Atzala de orden de Cortés.

—¡Misericordia, Señor!—gritó Isabel, cayendo á tierra en medio de espantosas convulsiones.

—¡Dios nos ha abandonado!—exclamó la madre arrojándose á socorrer á su hija.



Isabel perdió la razon. Santiago y su esposa murieron algunos años despues. La pobre loca quedó en poder de gentes extrañas que cuidaban muy poco de ella.

Todas las noches se oian gritos desgarradores en la casa de Carbajal, y todos decian con indiferencia: *Es la loca.*

Un dia no se oyeron los gritos, y al siguiente tampoco. Era que la pobre loca habia huido.

EL HIJO DE GUATIMOC.

(Memorias de Doña Juana de Carbajal.)

MEDIABA el año de 1546. Gobernaba entonces la llamada Nueva-España Don Antonio de Mendoza, primer vi-rey nombrado por los monarcas españoles.

Parecia que el cielo habia hecho caer sobre la desgraciada nacion mexicana todo su enojo.

Una peste horrorosa asolaba los pueblos y las ciudades, cebándose solo sobre los naturales del país: las casas quedaban desiertas; los cadáveres sembrados en las calles, en las plazas y en los caminos, ponian pavor en los corazones mas esforzados, y en vano agotaban sus recursos para remediar noblemente tanta desgracia, los obispos, el clero y los principales gefes de las tropas españolas. Aquella calamidad no parecia tener remedio alguno; seis meses habian trascurrido, y ochocientas mil eran ya las víctimas de la peste.

El ánimo de los naturales del país, que se veian sometidos á la mas espantosa esclavitud, estaba tan triste, que la epidemia se propagaba por esto con mas facilidad.